

El liderazgo

9-0-82 - Juan
Por Vicente F. Zazpe

del Sumo Pontífice

No es fácil ser piloto en momentos de borrasca, sobre todo cuando la tempestad amenaza encapotar todo el horizonte visual, pero es horroroso ser piloto incapaz o indigno de la responsabilidad encomendada.

Los pilotos personales e institucionales de la borrasca dramática internacional tienen nombres concretos. Se llaman **Ronald Reagan, Jeane Kirkpatrick, Margaret Thatcher, Anthony Parsons, Alexander Haig, Francis Pym, François Mitterrand, Leonid Brezhnev, Helmut Schmidt, Naciones Unidas, Consejo de Seguridad, Comunidad Económica Europea, OTAN y Pacto de Varsovia.**

Esta guerra del Atlántico sur ha puesto de manifiesto un abanico de **raquíticas realidades** que, en otros conflictos, apenas se habían esbozado.

Los acontecimientos de Irán, Nicaragua, El Salvador, Polonia y Afganistán permitieron descubrir en algunos casos y confirmar en otros la **mediocridad de los líderes que en estos momentos deciden la suerte de la humanidad.**

La guerra de las Malvinas ha precipitado el **desnudo total**: no es solo mediocridad; es **chatura deleznable**; no es falta de visión, es **miopía y ceguera**; no son fallas de moralidad o fisuras de inmoralidad, es lisa y llanamente **amorabilidad.**

Hay pragmatismos que admiten una cierta tolerancia histórica, pero cuando se desconectan de la honestidad, la fidelidad, la proporcionalidad y el futuro a mediano y largo plazo, señalan que **la civilización ya ha comenzado su derrumbe.**

Los provincialismos pueden ser potables en algunas circunstancias, pero en la presente encrucijada que exige universalidad por todos los costados, preludian un **suicidio internacional.**

Por supuesto, los argentinos no somos un dechado de virtudes, ni nos hemos destacado por visionarios —lo demuestra la **traición de Estados Unidos, la inesperada histeria de Inglaterra y nuestro anterior comportamiento con América latina**— pero junto a la caterva de actitudes y decisiones de los líderes de Occidente, quedamos aprobados en el examen de suficiencia histórica y moral.

La superficie de los acontecimientos permite ver las burbujas que suben del fondo de la cisterna.

La problematización de los efectos lleva al estudio de las causas.

Cuando se repasa la historia de la humanidad, los líderes de los momentos difíciles muestran una galería más que variada, pero a esta altura de los acontecimientos, con la experiencia de dos guerras mundiales y de **las trágicas y directas consecuencias de Yalta**, es inconcebible la miopía, la mentira, el juego de intereses mezquinos, la soberbia engeñecedora y la demolición total de valores no solo cristianos, sino simplemente humanos.

¿Es posible que el petróleo, el krill, el manganeso y los tomates de la Comunidad Económica desplacen a derecho y taponen la grandeza de miras?

Esta guerra lleva a los interrogantes metafísicos que laten en el revés de la historia: **¿Para qué? ¿Por qué? ¿Hasta dónde? ¿En qué sentido?**

El problema de las Malvinas ha tenido la fuerza de presentar a los conductores máximos y a los organismos internacionales sin maquillaje y la **impresión es horrible.**

Si la nariz de Cleopatra tenía virtualidades imprevisibles para cambiar el rumbo de la historia, también las Malvinas parecen gozar de ese poder pituitario.

Viene a la memoria una reflexión del sabio **Einstein**, durante las locuras de la Alemania hitleriana. Todo parecía claudicar ante la arrasadora opresión: **hombres, instituciones, sectores, filosofías, ideologías, artes y estadistas.**

La oscuridad envolvente se hacía total.

Solo una luz mostraba su claridad: **la Iglesia.**

Supongo que no se refería solo a la Católica, sino también a otras confesiones que manifestaron una fortaleza testimonial lindante con el martirio.

La figura de **Juan Pablo II** recogiendo y acrecentando la herencia de aptitudes de **Pío XII, Juan XXIII y Pablo VI** ha logrado llevar el supremo pontificado a un liderazgo espiritual que desborda las fronteras de la propia Iglesia, convirtiéndolo en **polo de referencia para buena parte de la humanidad.**

Su personalidad es carismática, pero en el entorno de **pígmicos y mediocres** que manipulan la historia, su figura se ha acrecentado hasta niveles insospechables.

El mundo no necesita de pala-

bras sino de la palabra, y el Papa la tiene.

El mundo está asqueado de mentiras y quiere la verdad, y el Papa la proclama.

Las negociaciones —más bien **seudonegociaciones**— han puesto en evidencia que la concepción del mundo, tanto occidental como oriental, **está estructurada y organizada en función del poder prepotente** y por lo tanto **es esencialmente anticristiana**.

Lamentablemente, la habitualidad de esta estructuración ha conformado la mentalidad de nuestras sociedades que han aceptado pragmáticamente la situación, marginando del pensamiento y de las esperanzas —sobre todo de la juventud— la posibilidad de un nuevo orden internacional más justo y más humano.

Advirtamos a propósito que la imagen del canciller en La Habana y sobre todo algunas declaraciones —no juzgamos la intención— son más que sorprendentes: **lo que ayer era inominable, hoy es promocionado**.

Para el creyente, el panorama desolador de superficie no es el único ni el decisivo, porque Dios sigue conduciendo la historia, aunque parezca imposible descubrir sus coordenadas y las convergencias.

El Reino de Dios ciertamente no se identifica con el reino del mundo sino que viene de lo alto, pero se realiza en el mundo.

Es un reino interior que se incubaba en la intimidad de las conciencias por un encuentro personal con Cristo, pero se irradia a todos los sectores y niveles de la existencia humana.

Los niveles económicos, sociales, políticos, culturales y hasta bélicos conservan la autonomía de objeto, de método y de gobierno, **pero no quedan al margen de la presencia y de la conducción de Dios**.

Por otra parte, Dios ha depositado en el hombre individual y colectivo, aun antes del acceso a la fe, valores permanentes que el Evangelio reconocerá, confiéndoles un vuelo y una profundidad insospechables: **fraternidad, paz, universalidad, justicia, dignidad**.

Estos supremos valores siempre vigentes constituyen una capacidad receptiva para la construcción del Reino de Dios, cualquiera sea la situación de deterioro ético de la humanidad en un momento de su historia.

¿Puede esperarse —sin ficticias ilusiones— una nueva etapa de renovación evangélica? Ciertamente; pero no por el solo hecho de haber descubierto los andrajos de nuestro Occidente cristiano.

El reconocimiento de la miserabilidad es un preludeo, pero no constituye todo el proceso de recreación.

La guerra es un indefendible mal. No la cobija el Evangelio ni el magisterio de la Iglesia.

Para que vehiculice una nueva vida, debe transformarse en Cruz donde se claven los pecados y en redención donde se expíen.

Parafraseando a Clemenceau, digamos que **la guerra es una realidad demasiado grave para dejarla en manos de los líderes políticos mundiales**.

Es necesario el aporte de los valores religiosos; no para revestirla, legitimarla y fomentarla, sino **para descartarla o al menos llevarla rápidamente hacia el polo de la paz**.

La presencia del Papa es la presencia de una voz distinta en este sector occidental decadente. Es una voz pura, desinteresada y servicial; comprometida únicamente con Dios y el hombre.

La paz que anunciará Juan Pablo II es proyección e irradiación de la paz que se anunció en Belén, se consumó en la Cruz y se ofreció en Pentecostés.

Es una paz que requiere mecanismos jurídicos internacionales, pero para canalizar los valores de la justicia en orden a los derechos y del amor en orden a las personas.

Es una paz que constata las claudicaciones vergonzantes, pero no las reconoce como principios éticos de la sociedad internacional.

Es una paz que rechaza las caricaturas de la verdadera paz y sus infinitos simulacros, donde desde lo aparente se pasa a lo tramposo conservando la forma y escamoteando el contenido.

La paz que proclamara Juan

Pablo II y que pediremos y esperamos no es una paz periférica, frágil y quebradiza. Será profunda si es justa, y definitiva si es honorable.

Es la paz que viene de Dios; ese Dios negado oficialmente en la órbita marxista y nominado formalmente en Occidente.

Para el filósofo no católico Spinoza la historia tiene un subsuelo teológico-político.

No hay guerra que, de algún modo, no incluya ingredientes religiosos. No hay conflictos que no arrastren falencias religiosas, y toda interpretación aséptica o escéptica está condenada a diagnosticar eccema, fiebre y escalofríos, pero será impotente para descubrir leucemia, cirrosis o metástasis.

En ciertos organismos se ve con

aparente claridad la necesidad de la negociación, del reajuste, y de la concesión, pero queda sin tocar el cáncer originario; es decir, **el pecado que no es descubierto, denunciado y corregido**.

El Evangelio es la revelación del subsuelo, tanto del hombre como de la historia.

Sin Dios, se posterga el estallido o se cubre el conflicto, pero no se llega a la paz.

La paz que Juan Pablo II proclamó en Inglaterra y proclamara en la Argentina es posible, es un deber y es necesaria.

A pedirla, esperarla y afianzarla.

Vicente F. Zuppi es arzobispo de Santa Fe y presidente de la Comisión de Medios de Comunicación Social del Episcopado Argentino.